



CARIDAD EFECTIVA Y PANDEMIA.

Mis queridos hermanos y hermanas de la SSVP reciban un inmenso saludo. Como estoy convencido que la formación posibilita la transformación compartimos estas “capsulas” de vicentinismo.

El tiempo de distanciamiento social que produjo el COVID 19, a muchos de nosotros nos permitió tener un poco más de tiempo disponible. Es decir, fuimos un poco “acaudalados”, en cuanto tuvimos un poco más de tiempo. Muchos lo han aprovechado bien: leer libros y artículos que hace mucho queríamos leer, aprender nuevas cosas, hacer un curso por internet, arreglar la casa, jugar más en familia, rezar y meditar de un modo más tranquilo, visitar a los pobres con la prudencia debida, generar otras formas de evangelizar, etc.

La pandemia del coronavirus que se está resolviendo en muchos lugares, en otros sigue, en otros están con temor a su regreso. Parece que la solución más segura es la vacuna. Que ya está pero que se debe socializar para que llegue a todos.

En esta vuelta a “la nueva normalidad” hay dos posturas. 1. Los que buscan un orden social más justo y más fraterno. 2. Los que promueven una vuelta a la actividad como si nada hubiera pasado: sembrando ambición, explotación, violencia e injusticia. La segunda postura es terrible, pero tiene bastantes seguidores. Como decía un amigo: “que se puede esperar de un asno sino que dé patadas”.

Como les decía en el artículo pasado, la pandemia ha desnudado la realidad injusta, violenta, desigual que vivíamos. En ese sentido fue un cierto apocalipsis. Es decir, “quitar el velo” descubriendo lo que ya existía, pero estaba tapado. Por ejemplo, en algunos países ha quedado claro que los sistemas sanitarios y hospitalarios, no estaban pensados para las mayorías sino para la parte que lo podía pagar. Como decía este maravilloso obispo que fue Ignacio Ellacuría: “un nuevo calvario, donde están los nuevos crucificados de la historia, son muchos hospitales públicos, donde familias enteras contagiadas por el virus esperan en el piso el ser atendidos. Donde los pobres, los más vulnerables, los más ancianos, los ‘ya enfermos de antes’, fueron muriendo poco a poco.

Esta también el tema laboral, tan necesario. La gente tiene que salir a trabajar. Muchos, si no lo hace se muere de hambre. El trabajo es un derecho y un deber. Buena parte del socialismo no supo adaptar la economía a los nuevos tiempos. El capitalismo salvaje cada vez que vuelve quita empleos. El excesivo hincapié en el capitalismo financiero, quitó mucho empleo. Para los que se quedaron fuera del sistema laboral les queda vivir del empleo informal (que siempre es incompleto) o de los subsidios estatales (que los hacen unos tremendos dependientes).

Hasta 2019 había varios millones de personas en todo el mundo que carecían de un acceso adecuado al trabajo remunerado como tal o se les negaba la oportunidad de trabajar el número de horas deseado. Con la pandemia este grupo aumento notoriamente. Con las condiciones citadas, podemos referirnos a un poco más de 400 millones de seres humanos. Buena parte de ese colectivo son jóvenes. A ese panorama negativo, debemos sumarle que el COVID-19 está haciendo desaparecer en el mundo 195 millones de puestos de trabajo más. El daño es muy pronunciado y se ha registrado en poco tiempo. Es la crisis laboral más severa desde la Segunda Guerra Mundial.

Situación desfavorable, que el crimen organizado suele aprovechar para “reclutar” gente para sus macabros fines. También hay un sector patronal que aprovecha a contratar en pésimas condiciones, ya que muchos quieren ese empleo. El establishment pretenderá sacar ganancias de los sectores populares, amparándose en dos grandes factores: la pobreza sobreviniente y nuestra desorganización. El escenario post pan-

demia en cuanto a lo laboral no es positivo, incluso es poco esperanzador en el corto plazo. Es particularmente duro con los migrantes. Personalmente viví varios años fuera de mi país, en España y en Francia, y varias veces sentí la puntada de ser forastero.

Existe este temor por un futuro que no controlamos, una sensación de finitud muy fuerte y de provisoriedad hacia todo lo que hacemos y tocamos. A mi entender, lo más probable es que no haya una salida limpia, definitiva, total, de la pandemia en el corto plazo, sino reaberturas progresivas con algunos retrocesos. Por un tiempo vamos a tener que acostumbrarnos a una dinámica irregular en lo económico, en lo social, en lo educativo. Y digo “irregular” para referirme a resoluciones que no siempre serán lógicas ni coherentes unas con otras, producto de ese panorama también imprevisible.

Nuestra propuesta es construir una normalidad diferente a la actual. Basada en **la caridad**. Nuestro padre san Vicente nos dice que la caridad lleva a una praxis cualificada: cordial, con amor efectivo y afectivo; que se expresa en un sinnúmero de gestos concretos. La ética vicentina enseña que un corazón caritativo produce amor. Ella lleva a ocuparse de todas las personas, de sus necesidades espirituales y corporales. Induce no sólo a servir, sino a hacerlo con una actitud amistosa. La caridad se demuestra no sólo dando lo que el pobre y el enfermo necesitan, sino brindándose por entero a ellos con calidez y cercanía. De este modo, la actividad caritativa transforma la realidad. Ella produce el movimiento por excelencia: el amor creativo. Ya que la caridad es creativa e inventiva. De este modo, postulamos la novedad del amor, organizando numerosas actividades a favor de los desheredados. Estos son una continuación del amor creativo de Dios. Mirándolo desde nuestro hoy, marcado por los efectos del coronavirus, sólo el milagro de la caridad solidaria, de la organización popular así como la práctica de una economía cooperativa podrá ayudar a sobrevivir en estas transiciones pos-pandémicas laborales. Además, es imprescindible que nos mantengamos unidos. ¿Hay más elementos? Sí, y surgirán de la inventiva popular. Nuestra vocación vicentina nos lleva a acompañarlos.

El Sr. Vicente y luego el Beato Ozanam nos indican que la caridad es ordenada. Por tanto, ella no será solo un impulso, un ayudar de cualquier manera; sino un actuar coordinado y sistemático. La caridad se debe efectivizar con medida y perspectiva, previendo las eventualidades y cuidando los detalles. Así será plenamente fecunda. El bien se debe hacer cómo Dios quiere y cuando Él quiere. La ética vicentina radica en concebir al Evangelio de Cristo como un programa que hay que llevar a la práctica. “Hacer efectivo el Evangelio” es la fórmula genial y original con la que San Vicente expresa nuestro proyecto. De modo que para él toda acción caritativa será una humilde continuación del trabajo evangelizador iniciado por Jesús.

Como les señalé en el artículo del mes de octubre, en la “escuela del Señor”, el amor es afectivo y efectivo. Siguiendo a Vicente de Paúl quiero centrarme en este artículo en el *aspecto efectivo del amor*. El amor efectivo consiste en el ejercicio concreto de la obra de caridad, especialmente en el servicio al pobre emprendido con perseverancia, constancia, método y responsabilidad.

El amor efectivo da la unión real con el necesitado. Ponemos por obra la elección a favor de los pobres. Lo efectivo lleva a realizar lo que el amor afectivo descubrió. El amor efectivo actúa creativamente para que sea cierto que en la Iglesia y en la sociedad los pobres son ciudadanos ilustres. Aunque a veces cueste mucho creerlo. De este modo, el amor efectivo lleva a solucionar concretamente los males que aquejan el mundo de los pobres. De estas dos facetas del amor (efectivo y afectivo), la primacía le corresponde al amor efectivo. Para que la caridad tenga un sitio de honor debe ser activa. La primacía del amor efectivo privilegia la ética de la acción. Podríamos señalar que aquí se vuelve el refrán popular acerca de “obras son amores y no buenas razones”. Este refrán nos enseña que el amor verdadero se expresa con acciones y no sólo con palabras, por bien fundadas que estén. Frente a un discurso cargado de promesas y de palabras halagüeñas, este refrán propone observar la claridad y veracidad de las obras concretas, solidarias, oportunas y desinteresadas como prueba de amor. Refrán que exhorta a la coherencia entre las palabras y los actos.

A su vez, San Vicente dice otra frase que es casi un refrán lleno de realismo: “Amemos a Dios, hermanos míos, amemos a Dios, pero que sea a costa de nuestros brazos, que sea con el sudor de nuestra frente”. Les dejo algunas preguntas ¿Qué podemos hacer para mejorar la situación laboral? ¿Cómo demostramos la caridad efectiva? Bien, antes de lavarme los dientes para ir a dormir, termino este artículo deseándoles que encuentren amor y luz en sus caminos.

Andrés R. M. Motto, CM